

6. La reconstrucción histórica en el "Revisionismo" de David Irving*

Susana DAWBARN DE ACOSTA

IDEHESI-IMESC / Universidad Nacional de Cuyo
acostao_m@yahoo.com

Resumen - En este trabajo se plantea, más allá de examinar las tesis principales del "revisionismo", la propia naturaleza del conocimiento histórico. ¿Son válidas todas las interpretaciones de un hecho histórico? ¿Se trata en tales casos de "otra lectura", de una "versión alternativa", es decir, de otra apreciación de los datos disponibles? ¿Cómo saber cuando hay mala interpretación deliberada o falsificación de la evidencia? ¿Puede detectarse si la argumentación tendenciosa es deshonesta? El "revisionismo histórico" se ha definido a sí mismo como una corriente historiográfica que ofrece otra versión de Hitler y su régimen. Cerca de una veintena de autores, desde los años cuarenta del siglo XX, se adscriben en esta tendencia, algunos de los cuales han desplegado una sostenida actividad y han logrado una llamativa repercusión en los medios de difusión. Este es el caso de David Irving. Autor de más de treinta libros, artículos, conferencias y discursos dedicados al III Reich, ha pasado largos años de su vida rastreando y estudiando archivos alemanes. Pero muy lejos de constituir un nuevo enfoque historiográfico del nazismo, el "revisionismo" de David Irving está imbuido de política e ideología y sus métodos de trabajo incluyen la adulteración y la distorsión intencional de la historia.-

Abstract - Historic Reconstruction in David Irving's Revisionism

Beyond the main theses of the so called "revisionism", this essay considers the specific nature of historical knowledge. Are all interpretations of an historic fact valid? In those cases, are we talking about "a different reading", in other words, an "alternative version", another way to weigh the given data? How can we know if we are confronted by a deliberate misinterpretation or forgery of the evidence? Can we detect if a biased argumentation is dishonest? "Historic revisionism" has defined itself as a historiographic current that presents a different vision of Hitler and his regime. About twenty authors, beginning in the 1940s, adscribe to this school, and some of them have developed a continuous activity, getting considerable echo in the media. This is the case of David Irving. Author of more than thirty books, articles,

* Un avance de este trabajo fue presentado en el III Simposio de Estudios de Europa, Europa, Identidad y Crisis, realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNC, Abril de 2006.

conferences and speeches dealing with the Third Reich, he has invested long years of his life researching and studying German archives. But far from producing a new historiographic approach of Nazism, David Irving's "revisionism" is overburdened with politics and ideology, and his methods include forgery and the intentional distortion of the historical record.-

Palabras clave: Revisionismo – Falsificación histórica – Historia científica

Key words: Revisión – Historical Falsification – Scientific history

En esta entrega se plantea, más allá de examinar las tesis principales del "revisionismo", la propia naturaleza del conocimiento histórico. ¿Son válidas todas las interpretaciones de un hecho histórico? ¿Se trata en tales casos de "otra lectura", de una "versión alternativa", es decir, de otra apreciación de los datos disponibles? ¿Cómo saber cuando hay mala interpretación deliberada o falsificación de la evidencia? ¿Puede detectarse si la argumentación sesgada, tendenciosa es deshonesta?

El "revisionismo histórico" se ha definido a sí mismo como una corriente historiográfica que ofrece otra versión de Hitler y su régimen. Cerca de una veintena de autores, desde los años cuarenta, se adscribe en esta tendencia, algunos de los cuales han desplegado una sostenida actividad y han logrado una llamativa repercusión en los medios de difusión. Este es el caso del inglés David Irving. Autor de más de treinta libros, artículos, conferencias y discursos dedicados al III Reich, ha pasado largos años de su vida rastreando y estudiando archivos alemanes. Aunque su labor profesional ha sido la de un historiador, Irving no tiene título de grado en historia ni ningún puesto en universidad o institución académica reconocida.

Para efectuar la apreciación crítica de su obra es preciso revisar sus fuentes y el modo de trabajarlas. Se trata de verificar en primer término la masa documental utilizada (si es abundante o escasa; variada o de un mismo origen y clase, lo que resulta clave especialmente en temas controvertidos). Un segundo paso busca identificar el tipo de fuente (primaria o secundaria, conocida o inédita, documento escrito o de testigo ocular, testimonio confiable o desacreditado, objetivo o claramente subjetivo) y finalmente, considerar la manera de procesar ese material. En esta última etapa de la indagación resulta crucial cotejar si selecciona algunas fuentes y suprime o ignora evidencias que no se acomodan a sus tesis; usa partes insignificantes de un documento; tergiversa, manipula, minimiza datos; efectúa traducciones y citas incorrectas; inventa expresiones o afirmaciones; si las omisiones o errores son mínimos o esenciales y si esos errados manejos fueron por negligencia, ignorancia, o falsificaciones deliberadas.

Un segundo paso requiere justipreciar otro aspecto imprescindible: la interpretación de esas fuentes. Como los datos no hablan por sí mismos o no dicen todo, el historiador infiere, conjetura lo que el documento quiere decir. Esto no significa que la historia sea la construcción discrecional del historiador o que una acusación de falsificación de evidencia no sea apropiada puesto que se trata de una interpretación diferente de la documentación. No hay duda de que todo trabajo de investigación histórica es una operación de alto carácter subjetivo (desde la elección del tema a la forma de organizar el material) y en la que la posición ideológica del que escribe es un dato relevante. No hay historia neutral o absoluta imparcialidad. Pero en todo historiador serio la preocupación cardinal que debe guiar su labor es la constante búsqueda de la verdad y de la objetividad. El historiador objetivo es aquel que aunque no renuncia a sus preferencias políticas es capaz de superar sus propias creencias o compromisos y de subordinarlos a las exigencias de la investigación. Quien construye verdadero saber histórico es el que explicita abiertamente sus fuentes y sus criterios de selección, aclara sus propósitos y aporta pruebas de sus hipótesis de trabajo aunque contraríen sus opiniones más íntimas. Es el que está abierto a otras perspectivas y argumentos, consciente de que su trabajo es perfectible, puesto que es válida toda interpretación o suposición que pueda ser corroborada por evidencia documental auténtica, veraz y confiable. El historiador genuino no hace la historia; la reconstruye fundándose en los datos que se disponen, organizándolos de manera coherente. Este tercer paso es fundamental para lograr la consistencia de su explicación por medio de la cual sus hipótesis de trabajo se ven ratificadas.

Toda buena historia, en síntesis, debe ser siempre revisionista. En consecuencia, el término es inapropiado para calificar a una sola perspectiva historiográfica. Por otra parte, la pertenencia a una determinada corriente implica cumplimentar similares requisitos a los demandados a la ciencia histórica en general: basar los juicios en probada documentación. Las discrepancias de las escuelas o tendencias historiográficas se originan en el énfasis que los autores imprimen a ciertos documentos, en la interpretación disímil de esas fuentes o en el ordenamiento diferente de los hechos. Esa divergencia, es cierto, procede de una particular postura filosófica-política y teórica-metodológica, que lleva a poner el acento en ciertas causas, actores, determinados episodios y consecuencias. Aquella postura que logre reunir mayor cantidad y calidad de referencias y consiga presentarlas de manera más convincente, es la que conseguirá un elevado reconocimiento de la comunidad científica y tenderá a prevalecer entre las otras versiones. Los relatos cuyas inferencias son sesgadas, fantasiosas, intencionalmente adulteradas, al servicio de un objetivo político o de otra índole, fuera del campo estrictamente histórico y cuya explicación no tiene sustento, se

contradice o es inventada (es decir, no hay coherencia entre las causas indicadas y las consecuencias) no acreditan las condiciones mínimas para ser catalogados como verdaderos estudios de investigación historiográfica.

El cometido del "revisiónismo histórico" es demoler las mentiras que se han tejido en torno de Hitler y el nazismo y rehacer la "verdadera historia". Fueron sus vencedores, en particular la inteligencia británica, los que fabricaron las leyendas que han ridiculizado y denigrado al régimen y su líder. Para el "revisiónismo", la historiografía predominante ha hecho uso de insuficiente documentación, mucha de ella producto de la falsificación y de la coacción de los vencedores en Nuremberg, y otros materiales, aunque auténticos, están mal interpretados. Irving alega basarse en un repertorio documental inédito o muy poco usado por los historiadores de posguerra. En efecto, él utiliza una vasta cantidad de archivos, la mayoría original y raramente trabajados (diarios, memorias, cartas personales, informes de sus colaboradores y ayudantes más cercanos) así como documentos del ministerio de propaganda, del servicio secreto en el exterior, de la agencia dedicada a descifrar los códigos y escuchas telefónicas y archivos militares. Ha estado entre los investigadores que trabajaron tempranamente las versiones completas de los diarios de Himmler y Goebbels que, hasta 1991 partes cruciales del primero y comienzos de 1992, secciones del segundo, habían permanecido en la oscuridad de las oficinas de la KGB soviética. Más allá que otros cientos de estudiosos han realizado una labor de búsqueda y recopilación documental tan impresionante como la suya (a los que repudia), lo decisivo de su obra, como se verá; está en el maltrato a las fuentes, en la explicación inconsistente y deliberadamente defectuosa y a su desembozada intención de presentar favorablemente a Hitler.

La obra de Irving para esta evaluación ("El camino de la guerra. Una visión sorprendente y rigurosísima de la Alemania de Hitler" y "La guerra de Hitler", escritos en 1978 y 1977 respectivamente, junto a otras opiniones suyas transcritas en el libro de Richard Evans) ha sido seleccionada por dos razones básicas. En primer lugar porque en ella se encuentran desplegadas sus ideas primordiales, más tarde ampliadas y reforzadas y en segundo, porque están traducidas y al alcance de cualquier consulta.¹ Con este material se indagarán los procedimientos historiográficos usados por el autor: los criterios de selección y evaluación

¹ IRVING, D., 1978, La guerra de Hitler. Barcelona, Ed. Planeta.

_____, 1990, El camino de la guerra. Una visión sorprendente y rigurosísima de la Alemania de Hitler antes de la guerra. Barcelona, Ed. Planeta.

EVANS, R., 2002, Lying about Hitler. History, Holocaust, and the David Irving Trial. N. York, Basic Books.

de sus fuentes, el sentido que atribuye a esa documentación, así como los fundamentos de su explicación. Cuatro temas se han elegido para confrontar sus juicios: su visión de Hitler, del régimen nazi, de la guerra contra Polonia y de la campaña contra Rusia. La temática judía es tratada en el análisis del segundo tópico aunque la cuestión de la política genocida en particular, por la cantidad de documentos que es imperioso examinar, no ha sido incluida en el presente trabajo. En el desarrollo de esos temas se examinarán sus siguientes tesis: 1) Hitler, dictador por consenso; 2) debilidad de la dictadura en época de guerra; 3) actitud favorable de Hitler hacia los judíos; 4) inocencia del dictador y culpabilidad británica, francesa y polaca en el estallido de la contienda con Polonia y 5) guerra preventiva contra la URSS justificada por las ambiciones soviéticas.

1. Visión de Hitler

Su declarado propósito de trabajar fielmente los materiales reunidos tropieza con un primer escollo que él mismo instala: en el inicio de las dos obras elegidas propone estudiar esa historia "como si me encontrara sentado en el escritorio del Führer tratando de verlo todo con sus ojos", para comprender realmente lo que había sucedido. Con esta postura contraproducente para emprender una exploración objetiva, que nace de su predisposición hacia el líder nazi, se identifica con su objeto de análisis, escuchándolo a él y a sus seguidores en su rutina diaria y desoyendo otras voces y materiales disponibles con los que no interactúa. Así, ineludiblemente, su visión de Hitler (y de su entorno) es casi siempre positiva.

En un capítulo especial se ocupa de describir lo que él llama "la otra cara de Hitler". Después de detallar sus costumbres, sus gustos, amores y debilidades, remata así su apreciación:

Este era el "dictador del pueblo", amigo de las artes, benefactor de los necesitados, defensor del inocente, perseguidor del delincuente.²

El tono elogioso es manifiesto en los dos libros indicados, incluso cuando lo retrata como un "duro", que debió enfrentar las indecisiones de sus astutizados generales y las debilidades de sus colaboradores. Pese a ellos, concluye Irving, Hitler siguió adelante "con mano de hierro". Lo considera además, como uno de los maestros de la guerra psicológica: él se propuso infundir confianza a sus generales más tímidos adocrinándoles con la nueva diplomacia de la intimidación que debía aplicarse a las potencias enemigas.

² IRVING, D., 1990, pág. 151-159.

Entre sus talentos más destacados se encontraba su capacidad de clarividencia, de la que el propio Hitler se vanagloriaba. Anticipó que la promesa británica a Polonia no se concretaría, "tal como resultó", subraya Irving. Otra de las pruebas de su don de previsión la identifica -revelando otra vez su afinidad ideológica con el nazismo- en agosto de 1941, en los inicios de la campaña contra la URSS al citar, sin comentario, la opinión de un colaborador, W. Hewel: "tal como Hitler lo había predicho la batalla contra el comunismo estaba resultando un factor de unión de Europa".³ Sin embargo, esa aptitud, como el propio jefe nazi la presentó en su discurso del 30 de enero de 1939 con respecto a su profecía sobre el destino de los judíos, sospechosamente no aparece en el texto de "El camino de la guerra". Denunciados como los presuntos culpables de una guerra que solamente él preparaba, lanzaba entonces su amenaza de aniquilación "de la raza judía en Europa", en caso de que el conflicto se desatara. La referencia se encuentra en el libro "La guerra de Hitler": "en el curso de estas semanas y meses [a partir de agosto de 1941] -de acuerdo al diario de Goebbels- esta profecía se está convirtiendo en realidad con una terrible certeza que es casi pasmosa".⁴ La cita le sirve a Irving para certificar la responsabilidad de Goebbels que en unos párrafos antes admitía que había conseguido "que el Führer me concediera todo lo que yo quería en el asunto de los judíos".

Su olfato y habilidad para saber "aprovechar la oportunidad" es elocuentemente señalada en diferentes episodios (al proclamar el "Anschluss", en el ataque a Checoslovaquia, etc.) a pesar de que muchos de sus generales se resistían a admitir lo que Hitler no se cansaba de repetir: "la Diosa Fortuna solo pasa una vez".⁵ Fiel a los dictados de la "Providencia", una poderosa fuerza, raíz de todas las cosas, Hitler, como recalca Irving, descreía del relato bíblico (un producto judío), ridiculizaba al cristianismo y sus iglesias. Sus creencias más firmes estaban imbuidas del "más puro darwinismo". Los textos del autor británico no dejarán dudas al respecto.

Además de su gran concepto estratégico, visible para Irving en sus planes sobre Moscú, el poder de su oratoria le permitía hechizar a sus audiencias como nadie. Y al igual que un eximio jugador de póquer, también sabía apostar muy alto y friamente esperar a su contrincante para llevarse toda la ganancia.

Por otro lado, es cierto que Irving admite, en párrafos aislados, algunos rasgos negativos de su personalidad como ciertos "impulsos caprichosos",

³ IRVING, D., 1978, pág. 244.

⁴ *Ibid.*, pág. 258.

⁵ IRVING, D., 1990, pág. 167.

su "malicioso cinismo" o la "patológica mente de Hitler" que, al pasar, reconoce en su relación con los judíos (y sin duda, la caracterización menos amable que hace del jefe nazi). No obstante, su opinión global sobre Hitler, compendiada en una obra de su colega, Paul Rassinier, de 1989, la hacía en los siguientes términos:

"[...] Hitler era un patriota, él trató desde el comienzo de restaurar la antigua unidad, la grandeza y esplendor de Alemania. Después que llegó al poder en 1933, él llevó a cabo el programa que había prometido desde 1922: restauró la fe en el gobierno central, reconstruyó la economía alemana, eliminó el desempleo, reconstruyó las desarmadas fuerzas alemanas y usó luego esa nueva fortaleza ganada para conseguir la soberanía de Alemania una vez más y se involucró en su aventura de ganar espacio vital en el este. Él no tuvo ninguna clase de malas intenciones contra Gran Bretaña y su imperio, [...]. La política exterior de Hitler fue conducida por el deseo de asegurar las fronteras y las necesidades de una expansión en el este [...]. Las fuerzas que llevaron a Alemania a la guerra no se sentaban en Berlín".⁶

Este alegato del dictador alemán no tiene rigor científico y está colmado de desaciertos. Con relación a la reconstrucción de la economía alemana, Irving no dice ni explica, a pesar de los numerosos trabajos de especialistas sobre esta temática, que si el empleo y la economía se reactivaron fue a causa de un impulso anormal al rearme. La política exterior de Hitler no fue conducida para asegurar las fronteras, sino como el propio Irving apunta, para lograr sus aspiraciones de expansión. Ningún trabajo sensato ha aseverado que el Reich necesitara para seguir prosperando un espacio vital en el este o en cualquier otro lugar. Tampoco aclara que las dificultades que a esas alturas comenzó a padecer la economía estaban relacionadas con el ímpetu armamentista. Una reorientación de la política económica hacia sectores civiles hubiese aliviado las tensiones, pero le habría quitado a Hitler el argumento de la "necesidad".⁷ Irving resume los anhelos de Hitler como si ellos estuviesen justificados, pues no se detecta crítica alguna, además de encubrir en su análisis que esa guerra contra polacos y otros pueblos, producto del deseo del líder (tal como él mismo lo especifica), se hizo por motivos imperialistas y raciales, transformándose en una lucha genocida.

En este tema sobresalen dos fallas estructurales de su trabajo: la premeditada e incorrecta explicación (en la que no se condicen las

⁶ IRVING, D. citado en EVANS, R., 2002, pág. 40- 41.

⁷ BUCHRUCKER, C. y colaboradores, 2001, págs. 152-153.

conclusiones con los datos que él mismo aporta) y la torcida interpretación por su adscripción a las ideas del jefe nazi.

2- El régimen nazi

Su tesis del respaldo general al Führer, o sea, la caracterización de su régimen como el de un "dictador por consenso", tal cual denomina a un capítulo de su libro de 1990, conlleva las mismas infracciones premeditadas de argumentación. Si bien describe detalladamente los pasos adoptados por el gobierno contra los partidos opositores, los sindicatos libres y la prensa, amordazada por Goebbels, para silenciar "las voces disidentes", no deja de ensalzar el triunfo electoral del nazismo en las elecciones del 5 de marzo. Tampoco conecta los plebiscitos que apoyaron sus políticas con esa inflexible coacción que le dieron al partido el medio para concretar la masiva intimidación de la sociedad alemana. Ultima su opinión con un fundamento inaudito: a un asesino jamás le habrían perdonado ni comprendido.

El servicio militar obligatorio, la nueva fuerza aérea, la reorganización del ejército, que en febrero de 1933 el propio Hitler había adelantado como pasos necesarios para lograr el *Lebensraum*, se esfuman de su explicación, cuando unas páginas después, lamenta la nociva influencia del Dr. Goebbels sobre Hitler en el abandono de las políticas responsables, para embarcarse en el peligroso camino hacia la hegemonía mundial. Con el mismo propósito de enfatizar la incapacidad de Hitler como dictador, propone su tesis de la supuesta debilidad de las dictaduras, sobre todo en tiempo de guerra. Pero a lo largo de su exposición, Irving acumula pruebas (entre ellas la de una de sus secretarías personales) destacando la autoridad de Hitler, quien tomaba las decisiones más importantes "en solitario" y muchas veces "desoyendo los consejos de su Estado Mayor".⁸ En las reuniones en la "Guarida del Lobo", frente a sus largos monólogos, cada general dudaba antes de expresar sus opiniones. Resalta que muy pocos tenían el valor para hablar claramente.⁹ Para poder ver cumplidos sus planes, el autor inglés explica que las reuniones ministeriales dejaron prácticamente de celebrarse en 1937 —en realidad eso ocurrió no mucho después de tomar el mando del gobierno— ocupándose él mismo de los asuntos de estado y comunicándoles sus deseos a los Ministros y Generales sin dejar lugar a la réplica.¹⁰

⁸ IRVING, D., 1990, pág. 84-85.

⁹ IRVING, D., 1978, pág. 253-4

¹⁰ IRVING, D., 1990, pág. 94.

Al estado nazi lo compara con la estructura de un átomo. En el núcleo estaba Hitler, envuelto por capas de seguidores. La primera capa o anillo lo formaban "Göring, Himmler y Goebbels: todos ellos al corriente de sus más secretas ambiciones y de los medios que estaba dispuesto a utilizar para conseguirlos". En los restantes anillos, generales, ministros, diplomáticos, tenían solamente un conocimiento parcial de esos proyectos. Y al final, se encontraba el pueblo alemán. Pero toda la estructura —insiste Irving— era controlada por la policía estatal y el temor a la GESTAPO y a los campos de concentración.¹¹

Pese a estas evidencias, Irving construye una teoría absurda sobre la dependencia del líder de sus seguidores más íntimos, particularmente de Goebbels, a quien identifica como el "cerebro del III Reich".

En la relación de Hitler con los judíos, el autor se propone exculparlo del destino final que aquellos padecieron. Afirma que existe una cadena completa de evidencias de su inocencia y de la total responsabilidad de Goebbels y otros subordinados en el trato a los judíos, trato que engendró "la irritación de su Führer Adolf Hitler". Después que la guerra comenzó él se volvió "probablemente el mayor amigo" de los judíos dentro del régimen, según lo afirmaba en una Conferencia Internacional del Revisionismo, en 1983.¹² En la introducción de "El camino de la guerra", aseguraba que los historiadores alemanes, ingleses y norteamericanos, "le han atribuido culpas sin la menor sombra de pruebas históricas".

Es en el análisis de este tema donde proliferan la mayor cantidad de falsificaciones y omisiones, además de la errada interpretación del material documental. Su propia posición antijudía se infiltra al describir la situación de Europa Central. La región —alega Irving— llevaba sufriendo desde hacía muchos años serios "problemas raciales" de los que "el mayor problema lo constituían los judíos".¹³ Ningún estudio juicioso ha indicado que esta colectividad generara dificultades o peligros reales a algún país de la zona. Lo que han señalado los investigadores es que determinados partidos y movimientos políticos europeos, devotos de concepciones racistas y antisemitas, eran los que consideraban a los judíos como el origen de los males sociales y a quienes por tanto era imperioso desarraigar.

Irving se ocupa de demostrar que Hitler desde sus primeros escritos tuvo dos preocupaciones centrales: la expansión alemana (que ya en 1922 era su "espacio vital" en el "imperio ruso") y los judíos (y la ineludible necesidad de destruirlos). Había que solucionar el problema para el que

¹¹ *Ibíd.*, pág. 88.

¹² EVANS, R., 2002, págs. 45 y 46.

¹³ IRVING, D., 1990, pág. 202.

había, según Hitler, solo dos opciones, si fracasaba el sentido común: "la de una lucha sangrienta o una armenización". La referencia a la liquidación de alrededor de un millón y medio de armenios por los turcos en 1915 no le parece a Irving probable pues "todo aquí es muy vago". La indulgente interpretación de este pasaje no se adecua al juicio sobre Hitler que en la página siguiente el propio Irving precisa: "como Robespierre dijo de Marat en una ocasión, era un hombre peligroso: creía de verdad en lo que decía". Tampoco se amolda a la evidencia documental que demuestra que esa no fue la única vez que él se refirió al asunto armenio como una causa de exterminio.¹⁴ En cambio, es congruente con la lista de discursos del mismo Hitler que Irving registra, como el de agosto de 1920:

"No queremos estimular una atmósfera de persecución antisemita, pero debemos dejar impulsarnos por la decisión implacable de arrancar este mal de raíz y exterminarlo completamente."¹⁵

¿Cómo explica Irving ese antisemitismo de Hitler con su tesis de la buena disposición? En su opinión solamente había sido una táctica política, usada como plataforma para tomar el poder, por la que luego perdió interés. Para fundamentar esta afirmación se apoya en la nombrada "cadena de evidencias" cuyo primer eslabón se encuentra en el proceso judicial que se le hizo a Hitler por su participación y liderazgo en el intento de toma del poder en Munich, en noviembre de 1923. De acuerdo a la investigación efectuada por el experto Richard Evans, que asesoró a la defensa de la historiadora D. Lipstadt, acusada por Irving de difamación en su contra, el trabajo del autor "revisionista" buscó probar la predisposición de Hitler hacia los judíos. Durante el *putsch*, él habría intentado mantener el orden y proteger a los judíos, aunque una escuadra nazi saqueó una confitería judía, contrariando sus deseos. Irving se basa en una fuente original: la declaración de un policía testigo de los hechos. Evans manejó directamente el registro completo de la causa y encontró una serie de adulteraciones, omisiones y divergencias. Evans constata que Irving había alterado el documento al inventar que Göring estaba presente y hasta fabricar su supuesta sorprendida expresión al enterarse que Hitler, sin vacilación, había expulsado del partido al responsable de la escuadra nazi que atacó el negocio judío. Aparte de demostrar una serie de falsificaciones menores y de que no existe ninguna mención en la fuente de que el propósito del líder nazi fuera proteger a los judíos, sino el nombre del partido, el perito también detecta que Irving ocultó que el testigo no era confiable pues como miembro del partido había intervenido

¹⁴ DADRIAN, V., 2001, Los factores comunes en dos genocidios descomunales. Una reseña de los casos armenio y judío, en Índice, Revista de Ciencias Sociales, nº 21, *Racismo y Derechos Humanos*. Bs. As., DAIA.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 42-43 y el párrafo anterior: págs. 48-49.

en el complot. Tan poco creíble era su testimonio, que el propio presidente de la corte lo desestimó por tendencioso. Esta decisión es omitida por Irving y la referencia documental no está citada.¹⁶

Similar maltrato a la evidencia histórica se visualiza en su justificación de la repulsión nazi hacia los judíos. Según sus fuentes, los judíos dominaban el mundo criminal de Alemania. Evans rastreó las estadísticas verdaderas (de INTERPOL, no las citadas por la agencia de noticias del partido nazi, la DNB, fiscalizada por Goebbels, con las que trabaja Irving), además de los inventarios criminales oficiales alemanas del año anterior a la llegada de Hitler al poder, que un buen estudio hubiera cotejado. Ambos recuentos revelan que la participación judía en las actividades delictivas en esa época no se correspondía a las cifras mencionadas por esa agencia, que solamente reproducía los datos de una conferencia de ese exaltado miembro de la SS sobre los judíos y el crimen. Este funcionario afirmaba que los judíos, que eran el 0.7 % de la población alemana, representaban el 80% en algunos crímenes y la cuarta parte de los presidiarios de Prusia. Sin embargo, la investigación de Evans demuestra, por ejemplo, que en 1925 solo el 1% de los presos era judío en las cárceles prusianas y en el delito de fraude a las compañías de seguro (el más extendido de los crímenes judíos, de acuerdo al conferencista), en 1932, en toda Alemania había 74 convictos, judíos y no judíos, mientras la referencia de Irving consigna el número de 31.000 casos de fraude, la mayoría, estafas de seguros cometidas por judíos. Además de citar incorrectamente, el escritor británico se basa en una fuente tendenciosa, no confiable, que le permite sostener el punto de vista nazi.

Para reforzar su teoría de la posición favorable del jefe nazi hacia los judíos Irving se explaya en explicar los sucesos conocidos como *Kristallnacht*. Su exposición sobre la "noche de los cristales", el 9 y 10 de noviembre de 1938, refrenda la interpretación nazi: fue un estallido espontáneo de furia popular contra los judíos por el asesinato del tercer secretario de la embajada alemana en París, perpetrado por un joven judío. Tanto en su libro "El camino de la Guerra" como en su biografía de Goebbels, con más datos, basados esencialmente en el diario de este dirigente, sostiene que Hitler no solo no sabía del pogrom sino que, cuando se enteró esa noche, trató de detenerlo. Otra vez su versión es un compendio de adulteraciones intencionales: supresión de evidencias, invención de expresiones, traducciones inexactas, con la finalidad de mostrar que Hitler ordenó a la policía no intervenir contra esas manifestaciones "sinceras" de los alemanes. "pues los judíos deben probar por primera vez la furia del pueblo para un cambio". En esta

¹⁶EVANS, R., 2002, págs. 46-48.

referencia del diario de Goebbels la última expresión no existe, fue ideada por Irving. En su lugar, esta memoria dice rotundamente que Hitler ordenó retirar la policía para que las demostraciones [es decir, los desmanes] continuaran. La indagación de Evans de esa y otras fuentes (por ejemplo la investigación que realizó la misma Corte Suprema del Partido Nazi) revelan más manipulaciones. En esta última se lee claramente que Goebbels, en el discurso que dio a los funcionarios del partido esa noche -comunicando que los deseos del Führer eran que tales demostraciones no debían ser preparadas por el partido- había querido decir que este no debía aparecer como el instigador de esas manifestaciones, "aunque en realidad debía organizarlas y llevarlas a cabo". Agregaba además que, como era costumbre en semejantes órdenes sobre demostraciones políticas ilegales, no debía decirse, sino insinuarse, todo lo que se quiere hacer. Si bien Irving hace mención de esta pesquisa de la corte del partido, ignora este párrafo y por el contrario, afirma, inescrupulosamente, que ella no dejó ninguna duda de que Goebbels era el culpable.

Utiliza igualmente dos telegramas que fueron enviados a las unidades policiales acerca de cómo debían conducirse durante los incidentes, con el fin de eximir a Hitler. Con el primero incrimina a H. Müller, uno de los jefes del Departamento Central de Seguridad del Reich (RSHA) que pedía, según orden del Führer, el arresto de 20.000 a 30.000 judíos, exactamente el mismo número indicado por Hitler, como consta en el diario de Goebbels del día 10 de noviembre. Como el texto involucra al jefe nazi, Irving apenas lo cita a pie de página. El otro telegrama fue el dirigido por el titular del RSHA, R. Heydrich, a todas las fuerzas policiales en la madrugada del 10 de noviembre, con las expresas instrucciones de destruir "los negocios y viviendas pertenecientes a judíos" y de arrestar "tantos judíos -especialmente ricos- como puedan ser instalados en las prisiones existentes".¹⁷ Pero al aludir a ese telegrama con las instrucciones de Heydrich, del que existe el registro completo, Irving presenta una versión desfachatadamente fabricada por él: esas órdenes eran "para restaurar la ley y el orden, proteger a los judíos y su propiedad, y detener otros nuevos incidentes".¹⁸

El mismo diario de Goebbels, el día 11 de ese mes, apuntaba el verdadero sentir de su Führer sobre los judíos:

Sus puntos de vista son totalmente radicales y agresivos [...]. El Führer aprueba mi decreto concerniente a poner fin a las acciones, con algunos arreglos. El Führer quiere tomar muy duras medidas contra los judíos.

¹⁷ J. ARAD y otros (eds), 1996, págs. 115-117. Según el Informe preliminar de Heydrich se habían arrestado, hasta el 11 de noviembre, unos 20.000 judíos. Ver también EVANS, R., 2002, 55-57.

¹⁸ IRVING, D., 1990, págs. 204-205 y EVANS, R., 2002, pág. 57.

Ellos mismos tendrán que arreglar sus tiendas. Las compañías de seguro no les pagarán nada. Luego el Führer quiere una gradual expropiación de los negocios judíos.¹⁹

Como el propio Irving lo reconoció, él había trabajado con estos fragmentos del diario, recientemente disponibles. Sin embargo, en su biografía de Goebbels, de 1996, descalifica su veracidad al afirmar que mentía para demostrar que Hitler lo había respaldado en sus acciones cuando en realidad contrariaba la opinión del Führer.

Pero Goebbels no improvisaba estas palabras. Ellas reflejaban lo que sistemáticamente había querido y expresado su líder desde 1919/1920, como se ha visto.²⁰ A raíz del plan Cuatrienal de agosto de 1936, Hitler había enviado un memorando al Reichstag que le demandaba la urgente aprobación de dos leyes antijudías: una sobre la pena de muerte para el sabotaje económico y la otra para responsabilizar a toda la colectividad judía de cualquier daño cometido por "especímenes individuales de esta comunidad de criminales contra la economía alemana [...]".²¹ Tal como lo reproduce un informe, las discusiones de importantes líderes del partido en la mañana del 12 de noviembre estuvieron orientadas a lograr una "coordinación" de los pasos a adoptar sobre la cuestión judía para satisfacer las instrucciones de Hitler.²² Entre las medidas que implementó el gobierno nazi en noviembre y diciembre de 1938 contra los judíos estaban aquellas propuestas en 1936 y corroboradas en el diario de Goebbels. La manipulación documental no termina aquí, pero lo examinado basta para probar los ilícitos procedimientos de Irving al presentar esta temática.

3- El ataque a Polonia

En la explicación del proceso que culminó en la guerra contra Polonia es donde se advierten las mayores inconsistencias. El solo título del capítulo correspondiente anticipa la deformación que seguirá. Probablemente para trivializar su carga conceptual lo denomina "La Solución Final".²³ La incoherencia se afirma en la denominación de la parte II del libro que intitula: "Hacia la tierra prometida" (si bien jamás queda dilucidado qué oculto poder le había ofrendado estos territorios al régimen nazi) y sigue

¹⁹ EVANS, R., 2002, pág. 62.

²⁰ Ver también DAWBARN DE ACOSTA, S., "El antisemitismo en el poder: la persecución 1933-1940", (trabajo en versión mecanografiada).

²¹ MENDES-FLOHR, P. y J. REINHARZ (comp. y eds.), 1995, págs. 649-650.

²² ARAD, Y. y otros, 1996, págs. 121-128.

²³ IRVING, D., 1990, págs. 259-272.

cuando expone las causas del distanciamiento con las potencias occidentales.

La tesis medular postula la inocencia de Hitler en el estallido de la contienda y la responsabilidad polaca, británica junto a la "pusilanimidad" francesa. Fue la "imprudencia" del secretario de relaciones exteriores británico, en la víspera del conflicto por los Sudetes, quien le instaba "a que no empeorara las cosas como si Hitler lo hubiera empezado todo", lo que le habría bastado al dirigente nazi para comprobar que Francia y Gran Bretaña estaban entre sus enemigos. Sin embargo, la mala voluntad británica no queda explicada tras el acuerdo de Munich, en septiembre de 1938, que impidió la solución militar que era la acariciada por Hitler. El Führer, anota Irving, "quería sangre", (tal como lo había anunciado a sus generales de más alto nivel en noviembre del año anterior, de acuerdo a los registros del coronel Hossbach, que también están incluidos en su narración) y les reiteraba el 28 de mayo de ese año: "he tomado la decisión irrevocable de borrar Checoslovaquia del mapa de Europa". "Ante la sospecha de que Gran Bretaña solo deseaba ganar tiempo para comenzar una nueva guerra", dice Irving, ordenó a Göring iniciar un programa de armamentos "gigantesco", dos días después de la conferencia de Munich. El arreglo había demostrado los buenos oficios ingleses y no evidenciaban, como fantasea Irving, ninguna maquinación secreta británica —tampoco avalada documentalmente— para iniciar un conflicto. Enseguida introduce en su relato tres discursos de Hitler, de enero y febrero de 1939, en los que preparó a sus oficiales para esa contienda. En ellos sentó las bases raciales de la concepción nazi, las razones económicas por las que Alemania se veía obligada a expandirse en Europa central, donde sería la potencia dominante y —continúa Irving— el carácter inevitable de la guerra. Hitler había cerrado su alocución con esta sentencia, como consta en el libro del autor inglés: "Y sepan esto: en el momento en que crea que puedo causar una gran matanza siempre actuaré sin dilación y no dudaré en llegar hasta las últimas consecuencias".²⁴

En su texto no aparece ninguna observación pertinente sobre esta flagrante contradicción entre las supuestas culpas británicas y las consignadas aspiraciones hitlerianas. No existe un comentario que explique que la única fatalidad del conflicto nacía de la voluntad de expansión de Hitler, de su creencia en la superioridad racial alemana y en su rechazo al pacifismo. Tampoco le parece oportuno hacer una acotación sobre los planes de ese "amigo de las artes" y "defensor del inocente" dispuesto él mismo a "causar una gran matanza", aunque esas citas no se adapten a su teoría de la debilidad del dictador. Los

pormenores de la invasión a Checoslovaquia son definidos por Irving como la "nueva hazaña" del Führer, denotando nuevamente su inclinación por el dirigente nazi.

Los preparativos para lanzar una guerra contra Polonia el 31 de marzo de 1939 —puntualiza— se iniciaron después de conocer las órdenes del gobierno polaco de movilización parcial el día 25 y del anunciado respaldo británico. Estas medidas agotaron, según Irving, "la buena voluntad" del Reich. O sea, fue la "postura insolente" de los polacos y la irreflexiva actitud de Londres las que originaron el conflicto. Y poniéndose en el lugar de Hitler, asevera, con el fin de excusarlo, pero sin pruebas, que al líder del NSDAP "seguramente le bastaría con afilar la espada" para hacer reaccionar a sus enemigos.

Ninguna de estas afirmaciones concuerda con los proyectos del Führer que el propio Irving detalla en su exposición. Pese a señalar que a comienzos de agosto —según las anotaciones de Weizsäcker, secretario de Ribbentrop—, los intentos de Chamberlain demostraban "que podemos llegar a un diálogo con Gran Bretaña si así lo queremos", Irving concluye que entonces Hitler ya no estaba dispuesto a ceder. Se apega a la consigna oficial nazi: "Gran Bretaña ha incitado a los polacos, y ahora debe pagar por ello". Cuando Hitler vio que Londres obstaculizaba sus planes, descartó toda colaboración con ella pues, al fin de cuentas, como escribe Irving, "no quería renunciar a su pequeña guerra con Polonia".²⁵ El 22 de agosto de 1939 les advertía a sus comandantes superiores que, aunque estallase la guerra con el Oeste, "el objetivo de la destrucción de Polonia queda en primer lugar. [...] Yo voy a dar motivos propagandísticos para el desencadenamiento de la guerra, no importando mucho si son creíbles o no [...]". Tampoco dejó ninguna duda a su audiencia acerca de la clase de guerra que preparaba, anunciándole que pensaba utilizar la mayor brutalidad, aplastando, como lo narra Irving, cualquier signo de vida.²⁶ Al día siguiente firmaba el tratado de no agresión con el dictador de los odiados comunistas ("un pacto con el diablo") quien de esta manera sellaba también su responsabilidad en el estallido de la Segunda Guerra Mundial. No hay mención en su libro del reparto secreto de territorios de la Europa Intermedia entre los dos sistemas totalitarios.

En su libro, aunque más de doscientas páginas antes, Irving había expuesto así las irrefrenables ambiciones de Hitler:

²⁵ *Ibíd.*, 1990, pág. 266.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 274. Cfr. con BUCHRUCKER, C. y col., 2001, pág. 154.

²⁴ *Ibíd.*, págs. 212-214.

"Las medidas que pensaba tomar en política exterior eran de una brutal simplicidad: quería extender los dominios de Alemania añadiendo más de un millón de kilómetros cuadrados a los 530.000 que ya tenía, a expensas de Rusia y Polonia".²⁷

Las evidencias que él mismo maneja prueban la responsabilidad de Hitler en su empeño de provocar una guerra, manifiesto en sus declaraciones, órdenes y decisiones concretas, pero Irving construye una explicación totalmente ajena a los testimonios, ratificando la ficción de la inocencia nazi.

4- La guerra contra la URSS

Ni el nombre del libro que le dedica a este tema²⁸, que es la confirmación de la responsabilidad de Hitler en el conflicto con los soviéticos, ni el rótulo del capítulo que explica las razones que lo precipitaron ("La guerra de liberación") como tampoco el título del capítulo dedicado a describirla ("La cruzada en Rusia") contribuyen a aclarar el confuso relato de Irving. Sin duda estos últimos preanuncian y confirman la posición del autor.

Irving justifica la silenciosa preparación de la guerra contra Rusia, como dice, "con razones cada día más sólidas", pues informaciones de "todo crédito indicaban que la URSS estudiaba la posibilidad de llevar la revolución mundial al Oeste".²⁹ La legitimidad de la determinación hitleriana también la funda en las ambiciones territoriales soviéticas demandadas a Alemania por Molotov el 12 de noviembre de 1940, como precio para alinearse con el Eje. Estas conversaciones habían revelado los designios rusos en Europa y el Führer, afirma Irving, "no podía darse el lujo de ceder" esas zonas. Por lo tanto, secundando lo que esgrimía Hitler, era conveniente la guerra preventiva (atacar antes que Stalin concluyera su preparación militar) y oportunamente encontrar o fabricar un incidente adecuado para iniciarla.³⁰

¿Qué pruebas acreditan esos juicios? Se trataría de dos discursos de Stalin del 5 de mayo de 1941, en los que afirmó estar listo para iniciar "nuestra lucha con Alemania". Luego de argüir que la política del pacifismo era anticuada, el dictador soviético habría pronunciado que "la era de la expansión mediante la fuerza acababa de comenzar para la

²⁷ *Ibid.*, pág. 49.

²⁸ IRVING, D., 1978.

²⁹ *Ibid.*, págs. 156-157.

³⁰ *Ibid.*, pág. 205-207.

URSS". Estas palabras habrían sido repetidas por unos generales soviéticos capturados cuando la guerra ya estaba en marcha. Aparte de que debiera aceptarse como evidencia histórica la habilidad de previsión, como parece convalidar Irving, no existen tales documentos que avalen que Moscú planeara una invasión a Alemania. Tampoco el temor a las pretensiones territoriales soviéticas, reveladas en el encuentro con Molotov, podría ser considerado un fundamento para la invasión a Rusia, como lo hace Irving, pues esas reuniones ocurrieron en noviembre de 1940 y para entonces, Hitler ya había resuelto atacarla. Él no resalta, aunque incluye el dato, que ya el 31 de julio de 1940 Hitler había comunicado a sus comandantes su decisión de agredir a la URSS en mayo de 1941. Y a ese denuedo lo califica con la siguiente acotación: "Eliminar la amenaza rusa fue la constante de la grandiosa estrategia de Hitler".³¹ Simultáneamente introduce otros elementos para la explicación. Escoge parte del discurso de Himmler ante los jefes del partido en noviembre de 1940 señalando que fue quien expuso "con mayor fidelidad que nadie las opiniones del Führer" sobre la capacidad de Rusia desde el punto de vista militar. La URSS era "inofensiva militarmente", los oficiales no tenían la calidad de los del III Reich y su ejército estaba mal equipado y adiestrado. Así, el argumento de la amenaza soviética pierde todo sustento. Entonces ¿Por qué atacarla? El mismo Irving repite las apreciaciones que Hitler adelantó a sus asesores militares en enero de 1941 acerca de las fuerzas rusas y su indeclinable determinación:

"Alemania debe dominar esos espacios desde el punto de vista económico y político. [...] Con ello tendremos todo lo necesario para luchar con continentes enteros si llega el caso. Seremos invencibles. Libraremos esta campaña, y, ¡que Europa contenga el aliento!"³²

Hitler no exageraba en esa expresión final. En marzo, según las crónicas del OKW (Estado Mayor del Ejército) citadas por Irving, Hitler "ordenó a Himmler que bajo su propia responsabilidad cumpliera ciertos deberes especiales" en la próxima lucha entre los dos sistemas opuestos. Se refería a la destrucción de la "intelligentsia judeo-bolchevique" a cargo de los "grupos de acción" de las SS quienes tendrían "carta blanca para llevar a cabo ciertos macabros deberes [en palabras de Irving] dentro de la zona de operaciones del ejército". Aquí el gobierno nazi incorporaba,

³¹ *Ibid.*, pág. 175.

³² *Ibid.*, pág. 180.

aparte del anticomunismo, otra de las justificaciones de la guerra: la campaña contra los judíos, inicialmente constreñida a la dirigencia bolchevique. Refrendadas por otras fuentes, también incluidas en su libro (la opinión de los generales Jodl, Keitel y Halder, el discurso de Hitler del 30 de marzo a los generales del ejército y de la *Luftwaffe* y su arenga a los soldados alemanes del 18 de junio), esas directivas a la *Wehrmacht* eran "tan escandalosas" que Keitel, continúa Irving, "ordenó que se destruyeran todas las copias". Irving refrenda la tesis nazi de la necesidad de la crueldad (reactiva a los similares métodos soviéticos) al fundamentar la aceptación del Estado Mayor. Aunque este documento no fue firmado por Hitler "sin la menor duda", concluye, reflejaba sus órdenes, las que debían ser transmitidas solo verbalmente.³³

En su equívoco relato, no obstante, previamente había asegurado que esas directrices contra la jefatura judeo-bolchevique habían surgido del "parecer de Göring", con el obvio propósito de excusar a Hitler, cuya "única inspiración" en esa guerra era la colonización del este.³⁴ En la Proclama de Barbarroja, dirigida a las tropas del frente ruso y redactada el 18 de junio, Hitler insistía en que los intentos de los "dirigentes judaico-bolcheviques de Moscú" pretendían que la revolución se expandiera "no solo en Alemania sino en Europa entera". El avance sobre Rusia era para "defender a los países afectados en la actualidad" y "también para salvar la cultura y la civilización europeas en su totalidad".³⁵

Pero era este mismo autoproclamado salvador de la civilización occidental el que había encomendado especialmente a las SS, ("la espina dorsal del Nuevo Imperio", "la nueva y eficaz elite"), la "difícil" misión de "gobernar a los eslavos y restantes razas inferiores del este", de acuerdo a las expresiones utilizadas por Irving.³⁶ Era el que, apenas iniciada la campaña, les aseguró a sus jefes militares en la "Guarida del Lobo" que en pocas semanas estaría en Moscú donde "arrasaré la ciudad y construiré en su lugar un pantano". Era el mismo que vaticinó en esos días la fundación de un Nuevo Orden Mundial y quien, según el diario de Hewel (su oficial de enlace con Ribbentrop), citado por Irving, estaba convencido de que el campesino ruso y en general los eslavos "no saben organizarse, tienen que ser organizados. Necesitan hallarse en estado de

³³ *Ibíd.*, pág. 230.

³⁴ *Ibíd.*, pág. 190.

³⁵ *Ibíd.*, pág. 234.

³⁶ *Ibíd.*, pág. 265.

servidumbre".³⁷ La visión racista y social-darwinista que trasunta este párrafo no recibe ninguna acotación adicional de parte del autor británico.

Irving reconstruye la historia de la guerra contra la URSS repitiendo los argumentos nazis. Y pese a contar con fehacientes pruebas de los designios expansivos y criminales del líder nacionalsocialista, que su propia indagación incorpora, articula una explicación de los hechos que descarta la enorme documentación trabajada, sin ninguna justificación.

Conclusión

En las páginas precedentes ha quedado demostrado que lejos de constituir un nuevo enfoque historiográfico del nazismo, el "revisionismo" de David Irving carece de honestidad intelectual, está imbuido de política e ideología y sus métodos de trabajo incluyen la adulteración y la distorsión intencional de la memoria histórica. Las deliberadas infracciones, la inexacta interpretación del acervo documental y la incoherente explicación de los procesos examinados son suficientes para dictaminar que Irving, en la obra aquí examinada, no califica como un verdadero historiador, un historiador de buena fe, sino como un falsificador de la historia. Sus preferencias políticas —es decir, su adhesión a las ideas del nazismo y en particular a la persona de su líder— irrumpen en forma reiterada en su producción y deforman su argumentación.

Pero también esta exploración ha permitido visualizar algunas técnicas de trabajo y manejo documental que convalidan al conocimiento histórico como un saber científico que, como las disciplinas más rigurosas, debe fundamentar sus hipótesis y conclusiones en datos empíricos. El papel del historiador, como el de cualquier científico, será determinante en la perspectiva que imponga a su investigación y en la articulación de los hechos; pero siempre dentro de los limitados márgenes que le permita transitar la evidencia disponible.

Para concluir, no podemos dejar de recalcar que el historiador y el intelectual en general, como transmisor o productor de ideas, tienen una responsabilidad esencial en la construcción de la memoria colectiva, componente básico de la propia identidad y de la identidad del "otro". Su tarea puede contribuir a forjar una Historia inspirada en la búsqueda de la verdad y apoyada en la documentación —aunque a veces esta verdad no se acomode a sus creencias y postulados político-ideológicos— o puede sostener un relato del pasado prescindiendo de los requisitos de la buena

³⁷ *Ibíd.*, págs. 241-243.

historia. El resultado estará lejos de constituir un trabajo historiográfico serio y puede llegar al extremo de la estafa y la deshonestidad intelectual tal como una parte importante de la obra de Irving lo ha demostrado en las páginas precedentes.

BIBLIOGRAFÍA

ARAD, Y., GUTMAN, I. y MARGALIT, A. (eds.), "El Holocausto en Documentos". Jerusalén, Yad Vashem, 1996.

BUCHRUCKER, C. y Colaboradores, "El miedo y la esperanza II. De la autodeterminación nacional al imperio genocida, 1914-1945". Mendoza, EDIUNC, 2001.

DADRAN, V., "Los factores comunes en dos genocidios descomunales. Una reseña de los casos armenio y judío", en Índice, Revista de Ciencias Sociales, nº 21, Racismo y Derechos Humanos. Bs. As., DAIA, 2001.

DAWBARN DE ACOSTA, S., "El antisemitismo en el poder: la persecución 1933-1940". (Documento de Trabajo terminado en 2004, parte del Proyecto "La democracia y los nacionalismos en los conflictos del mundo contemporáneo").

DAWBARN DE ACOSTA, S., "Los antagonismos ideológicos en la Gran Guerra", en: Revista de

Historia Universal. Mendoza, UNC, nº 12, 2002, p. 85-101.

EVANS, R., "Lying about Hitler. History, Holocaust, and the David Irving Trial". N. York, Basic Books, 2002.

FRIEDLÄNDER, S., "Nazi Germany and the Jews. The years of persecution 1933-1939". vol. 1. N. York, Harper Collins, 1997.

MENDES-FLOHR, P. y J. REINHARZ (comps. y eds.), "The Jew in the Modern World. A Documentary History". New York, Oxford, 1995.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L., "¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y nuevo fascismo en Europa y Estados Unidos. Barcelona, 1998.

WEINBERG, G., "Un mundo en armas. La Segunda Guerra Mundial: una visión de conjunto", (2 vols.). Barcelona, Grijalbo, 1995.

VIDAL MANZANARES, C., "El Holocausto". Madrid, Alianza, 1997.

TEXTOS REVISIONISTAS

ARROYO PARDO, E., "¿Qué es el revisionismo?". S/L, 1989.

IRVING, D., "La guerra de Hitler". Barcelona, Ed. Planeta, 1978.

IRVING, D., "El camino de la guerra. Una visión sorprendente y rigurosísima de la Alemania de Hitler antes de la guerra". Barcelona, Ed. Planeta, 1990.